

"A lo que solía contestarle una complaciente comadre: "Nosotros, los españoles, podremos tener nuestras faltas, compadre, pero al menos, gracias a Dios, no somos "nación."

Esta tan significativa frase está tomada del capítulo II de la Parte Segunda de la novela "Clemencia", de aquella dama andaluza—aunque nacida en Suiza—que firmaba Fernán Caballero llamándose Cecilia Boehl de Faber y fué hija de un alemán y pintora de costumbres populares, y más de la clase media y alta, de Andalucía.

Pero para comprender todo el terrible sentido de la frase, que es peor del que a primera vista parece, hay que verla en su conexión y enlace con lo que en el texto lo precede. Nos está presentando lo Fernán Caballero a aquel hidalgo cal pesino andaluz, visto en parte con gafas de romanticismo germánico, a quien llamó don Martín Ladrón de Guevara, el cual era de aquellos que "en diciendo la estúpida expresión lugareña: "es nación", tenían las cosas y los sujetos la marca de reprobación de Cain sobre sí". "Se estremece—prosigue hablándonos de don Martín—al oír la voz "nación" y torcía materialmente la boca a las familias de los grandes enlazados con princesas alemanas." "Al fin "nación" "decaía". Y luego viene el párrafo con que encabezamos este escrito.

Conviene advertir para la más perfecta comprensión de todo ello, que entre el pueblo de Andalucía por entonces, hacia 1852 y no sabemos si todavía hoy, decir "es nación" quería decir que es extranjero. Y así la frase de la complaciente comadre significaba que los españoles, gracias a Dios, no somos extranjeros. Lo cual o es una insigne tontería o es algo peor aún. Y creemos que es algo peor, que es algo lamentable y santo y seña de la más troglodita incivilidad.

Bueno será recordar la anécdota de aquel torero, andaluz también él, que al entrar en un café de París y creer con las quisquillosidad y recelosidad más castizamente españoles, que se reían so capa de su "pittoresque" indumentaria exclamó en voz alta: "me... en todos los extranjeros que hay aquí" O acaso diría: "me c... en toda la nación que hay aquí" Y se quedó tan orondo.

Es que la complaciente comadre de don Martín Ladrón de Guevara al decir que los españoles, pese a nuestras fal-

tas, no somos, a Dios gracias, "nación", quiso decir que somos, gracias a Dios, españoles y no otra cosa? Equivalía esa expresión en boca de la lugareña andaluza a aquella que se cuenta de aquel inglés al que habiéndosele preguntado qué habría querido ser de no haber nacido inglés, respondió: "yo? inglés!"? Creemos que en el fondo de esa expresión, hay, aunque inconciente para la comadre, mucho más y más hondo.

No se olvide de que fué un andaluz, don Antonio Cánovas del Castillo, quien al discutirse la Constitución y llegarse a lo de: "son españoles..." dijo sarcásticamente: "los que no pueden ser otra cosa". Sentimiento contrario al de su paisano, la comadre de que nos habla Fernán Caballero. Mas es que Cánovas conocía las naciones, había vivido en ellas, y respiraba civilidad su espíritu.

La complaciente comadre de "Clemencia", que era y es legión, da gracias a Dios de que los españoles no somos extranjeros ni aquí ni en ninguna parte, de que a un español tal y como ella se lo figuraba y lo descaba no se le puede llamar "nación" o extranjero en ninguna parte. Y no porque sea ciudadano de todo el mundo civil, de toda civilidad humana o de toda humanidad civil, no! sino porque en todas partes es extraño a ella. En una nación resulta extranjero el de otra nación y para la complaciente comadre andaluza los españoles estaban fuera de esas distinciones, fuera de naciones, fuera de extranjerías. Por encima? No, si no por debajo.

Porque cabe sobreponerse a extranjerías y nacionalidades del mundo haciéndose ciudadano de la gran República o Democracia civil humana, de la que forman los pueblos todos civiles, esto es: civilizados y sin otra exclusión que los salvajes, los bárbaros y los meros súbditos de Imperios, y cabe no haber llegado siquiera a esa diferencia

quedándose más acá de ella. Que si hay lo de "más allá del bien y del mal" hay también lo de más acá de ellos. Y en el espíritu del pueblo de que se hacía vozera la complaciente comadre de don Martín no se había llegado a la distinción de naciones. Los que no hablaban en cristiano, es decir en el castellano de aquel pueblo, apenas si eran hombres. Todos eran "nación".

Y era y es ello algo mucho más terrible que lo xenofobia, que el odio al extranjero. El saber odiar al extranjero es ya un principio de salvación. El que odia a otro suele ser de ordinario que le envidia y el que envidia a otro suele ser que le admira. Y de la admiración se pasa al cariño.

No, no es xenofobia lo que están atizando tantos españolistas que aunque con otras frases más sutiles e hipócritas hacen como que se regocijan de que, gracias a Dios, no seamos "nación"; lo que atizan es trogloditismo. Porque el troglodita no odia al extranjero, no es capaz de odiarlo. Y no es capaz de odiarlo porque no es capaz de conocerlo. Fuera de su caverna no conoce más que piezas de caza, y si se le apareciese un civilizado diríase: "y esta res, con qué se come?" Y si al ir a atacarla con su hacha de piedra se encontraba con que le daba un tiro le tendría por un dios infernal, por un poder misterioso y odioso a la vez, por un fetiche animado. Y buscaría conjuros contra él.

La caverna del troglodita no es solar de nación.

MIGUEL DE UNAMUNO

